

NOTAS Y DISCUSIONES

¿Qué / (Cuándo) *es* feminismo?What *is* / (When *is* it) feminism?

CARMEN GONZÁLEZ MARÍN

Universidad Carlos III, Madrid

RESUMEN. Como un *espacio propio* dentro de los Estudios de Género, la reflexión feminista en el siglo XXI presenta una doble faz: por un lado, una cara continuista, marcada por el tipo de trabajo académico de los ochenta y noventa, y otra que se presenta como una respuesta radical a las debilidades de esos feminismos, cuyo ámbito de intereses ha sido la construcción de la identidad femenina, desde un punto de vista metafísico, y la incorporación plena de las mujeres a la esfera pública. Una mirada alrededor para descubrir otras realidades, o una mirada hacia adentro en busca de identidades nuevas son probablemente las propuestas más interesantes, al menos en la medida en que nos obliga a repensar los tópicos clásicos del feminismo, y a abrir nuevos caminos para el trabajo conceptual.

Palabras clave: feminismo, estudios de género, identidades, teoría *queer*.

ABSTRACT. As a *proper space* inside of Gender Studies, Feminism in XXI century shows a double face: on one hand, academic work following the lines traced from the eighties and nineties; on the other hand a radical answer to the weaknesses of such feminisms, which focus metaphysically on women identities, and politically on the full incorporation of women to the public sphere. Looking around to other realities, or inside to other identities are probably the two more interesting proposals, at least in the measure that it obliges us to think once more the classic topics in feminism, and opens our minds to new trends in conceptual work.

Key words: feminism, gender studies, identities, queer theory.

1

Cuando asistimos, no sin cierto estupor, al advenimiento de libros como el que Edurne Uriarte nos regala, con título tan equí-

voco como sugerente —*Contra el feminismo*¹ se llama—, no queda seguramente más remedio que replantearse el porvenir de lo que a juzgar por tan notable percepción pudiera muy bien no haber sido sino

una ilusión, o un error —esto es, el feminismo como tal, al menos el que entenderíamos como hijo o nieto de Mary Wollstonecraft o Simone de Beauvoir. No quisiera dar lugar al malentendido que se seguiría de interpretar mis palabras como una manifestación de desinterés o de desánimo, ni mucho menos como una claudicación ante los signos de los tiempos, que irían de ese aprovechamiento abusivo de la relativa o aparente bonanza que hoy permite que las mujeres se desenvuelvan eficaz y rápidamente en ámbitos públicos y profesionales, al espectáculo deplorable de un feminismo reventón, que confunde la emancipación de las mujeres con adquirir modales vindicatorios y el aire de una *starlette*, a la par que se hacen proclamas justicieras, contra la pretensión del varón a seguir el juego o a no estar a la altura del compromiso igualitarista.

Muy al contrario, creo que se hace necesaria no tanto una crítica contra los errores de una praxis y un trabajo conceptual, que, irónicamente, ha hecho posible que se pudiera llevar a cabo dicha crítica, sino que más bien es el momento de plantear una pregunta, eso sí, reflexivamente, acerca de lo que se debería hacer en el futuro —e incluyo en «hacer» todo tipo de práctica textual y, específicamente, de trabajo conceptual.

Es cierto que era más fácil, como suele ocurrir, ser feminista cuando las cosas estaban peor para las mujeres, y que el grado de dificultad de mantener una dignidad reivindicativa es directamente proporcional a los logros conseguidos, y si esto es así en la vida social y política, qué no ocurrirá en la académica, cuando los estudios de género y especialmente los de género femenino, han proliferado en tal medida que resulta realmente difícil abarcar sus novedades. Y es cierto igualmente que vivimos un momento en que las demandas del feminismo se han visto atendidas, al menos en apariencia,

hasta el punto de dar la impresión de que aquel momento reivindicativo ha llegado a su fin, puesto que, naturalmente con las deficiencias propias de todas las cosas humanas, hay un consenso público en la necesidad de reconocer la igualdad, la dignidad y los derechos de las mujeres, y unas políticas encaminadas a convertir lo que fue en otro tiempo reivindicación en realidad. Ambas cosas suelen ser el fundamento de ciertas formas de desinterés general, que acaban por percibir los estudios feministas en ocasiones como compartimentos gineceicos, más bien para añorantes, y en ningún caso atractivos para el común de los mortales. Claro que dicho desinterés, que en ocasiones sin duda podría tener algún fundamento, no deja de ser curioso. Tan curioso como lo sería, desde luego, que una comunidad académica diera en pensar que dado que el lugar donde se instala ha superado ya una dictadura previa, no merece la pena preguntarse por ello, o elaborar análisis conceptuales o políticos acerca de las dictaduras, salvo en el caso de aquellos individuos que experimentasen algún tipo de evocación nostálgica, o de oscura motivación.

Por otra parte, si hay algo que llama poderosamente la atención es el desajuste entre el progreso del feminismo y las vidas de ciertas mujeres. Fenómenos como la violencia contra mujeres, indefectiblemente presente en las sociedades avanzadas, o lo que se ha denominado la feminización de la pobreza, podrían leerse como una manifestación de lo infructuoso de la lucha, o de su carácter inacabado, qué duda cabe. Probablemente, hay una creencia irreflexiva —como suele ser el caso en las creencias—, que nos hace confiar ciegamente en algún conjunto de procedimientos —como sólo se puede confiar en los procedimientos—, que en un plazo más o menos largo, erradiquen de una vez por todas estos restos, abominables cierta-

mente, de injusticia contra las mujeres. Como si el activismo feminista hubiera puesto en marcha una máquina que funciona ya por sí sola, y que así seguirá haciéndolo, cada vez de manera más eficiente.

Es justamente en este punto en que se instala la paradoja donde es interesante comenzar a pensar de nuevo: el feminismo ha tenido tanto éxito que se ha convertido en inútil, o ha tenido tan poco en realidad, que debería abandonarse como lucha por la justicia para las mujeres. Naturalmente, sería absolutamente equívoco quedarse solamente con la imagen de un feminismo como activismo político, con o sin potencial todavía como instrumento para la transformación social. Tan interesante como el activismo ha sido esa otra forma de acción política que siempre fue el trabajo conceptual. Reivindicar el trabajo conceptual es, desde luego, apostar sobre seguro, cuando de lo que se trata es de guiar y acompañar un proceso o un conjunto de procesos en los cuales están implicados seres humanos y formas de vida; sin ese trabajo, éstas pueden caer en el anquilosamiento y aquéllos convertirse en objeto de malentendidos. Una paciente tarea de deconstrucción de creencias recibidas o «creadas», y específicamente una autorreflexión en las propias teorías feministas son trabajos insoslayables.

2

A principios de los años ochenta, Judith Spector señalaba que, una vez cumplida una primera etapa en los estudios de género, era necesario dar con un tema propio, que permitiera el desarrollo futuro de dichos estudios. Ella se centraba en la crítica feminista enfocada a textos literarios, y que en ese caso las cosas se dejan describir adecuadamente de este modo. La diferencia entre *Sexual Politics* de Kate Millett y *The Madwoman in the Attic* de Gilbert & Gubar, es la que se da entre una

crítica de las actitudes patriarcales, en literatura escrita por varones en la que se habla de mujeres, y una aproximación a la escritura propiamente femenina, en otras palabras, se trata de un giro «separatista». Buscar un espacio propio ha sido, pues, como era natural, un primer empeño, que, en el fondo, se constituyó en el principio del éxito disciplinar. ¿Qué es lo propio de un feminismo del siglo XXI? ¿O quizá el feminismo ya no es válido como tal en el siglo XXI?

Lo propio del feminismo, aquello a lo que se han aplicado los textos clásicos han sido las estructuras del poder patriarcal, en sus diferentes manifestaciones, la experiencia femenina en sus modificaciones que van de la vida ordinaria a la medicina y de esta a las artes o la ciencia, la reflexión metafísica en torno a la idea de sujeto válido, las elucubraciones sobre la igualdad y la diferencia, el género como construcción cultural, y en general todo un conjunto amplísimo de tópicos que han configurado en una doble vertiente la vida de las mujeres: como descripción de sus vidas, experiencias y situaciones, y como interpretación de las mismas.

Quizá el hecho de que con el paso de los años y el éxito de los estudios de género se haya producido un desglose en diversos «campos», y una progresiva «especialización» de los textos feministas, podría hacer pensar que la conversión en académico del feminismo simplemente ha supuesto una suerte de inflación libresca, cuyos frutos distan mucho de parecerse a lo que una feminista en el mundo real desearía obtener con su activismo. Dicho en otros términos, es cierto que es preciso asumir un cierto tipo de creencias para acordar el valor de actividad relevante, como activismo político, a los estudios de género. Hemos de creer en suma que el *decir* es una forma de acción, en un sentido algo más comprometido que aquel a

que nos sujeta habitualmente la pragmática. Decir que el estado o el lenguaje es «falocéntrico» es, en principio, comprometerse con el valor de verdad de un acto de habla representativo, puesto que describe un estado de cosas; pero, si hemos de dar algún valor al género —en el sentido de la buena retórica— académico, al mismo tiempo deberíamos admitir la posibilidad de que ese acto de habla sea un performativo, que, efectivamente, haga algo más que describir estados de cosas, para alcanzar a convertirse en una denuncia. Aunque parezca inmediato el paso de lo uno a lo otro, sin embargo, dicho paso comporta ciertos problemas nada irrelevantes. Fundamentalmente, esa aparentemente anodina traslación pragmática, supone en efecto que hay un punto de vista «correcto» del cual emana la fuerza del enunciado. Naturalmente el primer escollo con que tropezamos es que quizá estamos atentando contra uno de los valores supremos de lo académico, es decir, la objetividad. Quizá, y esto no es algo meramente incidental, ésta es la razón de la marginalidad de los estudios de género, con respecto a otros ámbitos cuyos intereses son cuando menos coincidentes; y también lo sería del hecho de que en los ambientes académicos el género (en sentido retórico de nuevo) de trabajo no se extralimite habitualmente de unos estándares dados: o se está en el ámbito de los estudios de género —como denominación disciplinar en este caso— o no.

La siguiente consecuencia de todo esto no se hace esperar, por su parte: si hay un territorio exclusivo, en el cual coinciden los intereses y las interesadas de un modo «existencial», puesto que éstas actúan académicamente como sujetos situados, que «modifican» en una dirección, en un tercer sentido del término, «interesada» su propio trabajo, es obvio que se está instalando una estructura de poder —quizá de contrapoder, desde lue-

go—, cuyos frutos se perciben en la ascensión académica de ciertas feministas.

Es cierto que la gratuidad de las conclusiones, y aun de ciertas premisas es evidente, pero no lo es menos que se ha creado un modo particular de percibir los estudios de género según el cual hay una lectura canónica de la tradición, de modo que los estudios de género reproducen a la postre aquello de lo que huyen, huían al menos las (viejas) feministas. De modo que, por una parte, una visión de cierta rigidez en los estudios de género, y en el extremo opuesto la imagen presente del carácter diseminado de los intereses y la perspectiva de género, acaban quizá por desvirtuar por completo la entidad y el valor de los mismos. Pero quizá el principal escollo, curiosamente, sea lo que se denomina transversalidad, a la cual está abocado todo aquello que puede percibirse desde diferentes puntos de vista.

La transversalidad es una virtud a veces difícil de guardar. Lo que es transversal se desdibuja, y, en ocasiones, puede disolverse en el conjunto de espacios en los que parece tener cabida, sin llenarlos completamente en ningún caso. Y esa difícil forma de hacer ha acabado por convertirse en el paradigma de los estudios de género. Hay una perspectiva de género para cualquier disciplina o aspecto de cualquier disciplina, y, qué duda cabe, eso no puede ser bueno. Es como si hubiera una perspectiva de corredor de fondo, o de fontanero, o de calagurritano para casi cualquier asunto. De hecho, así ocurre en algunos casos, precisamente esos que solemos acabar englobando en el capítulo de lo irrelevante o en el peor de los casos de alguna de las variedades del fundamentalismo. Porque la transversalidad inevitablemente se convierte en una multiplicidad de voces y de perspectivas, y éstas o bien cantan al unísono formando un coro disperso pero monocrorde, o bien disuelven en su propio sonido local la voz que acaba siendo inau-

dible. En términos más claros, la transversalidad o bien desaparece, al quedar reducida a la mención de asuntos y puntos de vista propios de los estudios de género, desde cualquier territorio, o acaba convirtiéndose en un conjunto de consignas que se usan más o menos *ad hoc* en diferentes ámbitos.

En el más grave de los casos, la transversalidad puede llegar a hacer concebir el carácter innecesario de los estudios de género, puesto que si sus temas y sus perspectivas se tratan y adoptan de manera general en cualquier otro tipo de disciplinas, ¿qué sentido tendría, si no el de la redundancia, mantenerlos? Sin embargo, este tipo de prejuicio puede reconstruirse con cierta facilidad, echando mano de una sencilla analogía con el lenguaje. Si realmente alguien afirmase con toda seriedad que las preocupaciones propias de los estudios de género se han diseminado hasta el punto de convertir en innecesaria su pervivencia como tales, en el fondo no distaría mucho de quien sostuviese que, dado que la lengua castellana o inglesa o cualquier otra, se usan necesariamente, y con propiedad y corrección, en todas las materias que constituyen el corpus docente de la enseñanza superior, en las universidades de países de habla castellana o inglesa respectivamente, sería de todo punto intolerable mantener departamentos de lengua española o inglesa en esas universidades. Es frecuente cometer una confusión de cierta gravedad entre la incorporación de cierto lenguaje y de ciertos juicios con la incorporación de los temas o los tratamientos de esos temas a que se refieren el uno y los otros. Huir de tal error nos evitaría muchos desconciertos.

3

Si echamos una ojeada al volumen antológico editado por Sandra Kemp y Judith Squires en la colección titulada *Femi-*

nisms, en Oxford Readers, en el año 1998², observamos que el conjunto de textos recogidos se clasifican en tan sólo seis apartados —incidentalmente, el que contiene más textos es el titulado «Academias»—. Estos apartados presentan una imagen de los intereses de los feminismos de hace una década peculiar. Los cinco apartados adicionales a «Academias» son: «Epistemologías», «Subjetividades», «Sexualidades», «Visualidades» y «Tecnologías». ¿Qué expresa esta clasificación? Naturalmente una focalización en el carácter identitario, como sujeto —como sujeto que, en ocasiones, se objetualiza, o se integra en relaciones con otros sujetos—. El feminismo de los noventa, los feminismos de los noventa, han experimentado una sucesiva serie de transformaciones, que lo encaminan hacia las novedades quizá en este caso sí realmente sorprendentes de los últimos años. De entrada, la conciencia de la disparidad de puntos de vida y de intereses. La primera ola del feminismo tuvo como objetivo la normalización de las mujeres como sujetos de derecho en la práctica, si bien en sus textos ese feminismo primerizo elabora una versión, en ocasiones ambigua, de las relaciones de lo público y lo privado que define un espacio de subordinación particular para las mujeres. La segunda ola, por su parte, también, como es sabido, se caracteriza por formas de activismo, y, por el ataque a las formas tradicionales del trabajo intelectual, o lo que es lo mismo por el carácter interdisciplinar de sus trabajos. Como se señalaba desde la introducción del volumen *Feminisms*, la ironía es que esos textos rebeldes la clasificación académica acabaron por convertirse en textos canónicos de una recién instaurada tradición académica e, incidentalmente, que no dejaban de pecar de algunos de los que inmediatamente han pasado a ser considerados pecados capitales —por ejemplo, del pa-

triarcado—, a la sazón, su punto de vista occidental, blanco y heterosexual. Es precisamente la ineficiencia para dar cuenta de lo que realmente constituyen las identidades de las mujeres, de sus situaciones reales, de la descentralización de sus motivaciones y problemas, lo que conduce a una progresiva compartimentación de los feminismos, o mejor dicho de sus manifestaciones, que se hacen progresivamente más flexibles, y más autorreflexivas, especialmente cuando a partir de los noventa las motivaciones y los intereses de algunas feministas confluyen con los de los estudios en torno a sexualidades gays y lesbianas. Digamos que los tres problemas que el feminismo de los sesenta y setenta podría presentar se resuelven en el momento en que se producen los desplazamientos que localizan de nuevo, y de modos cada vez más dinámicos las preocupaciones de los estudios de género en lugares, estratos sociales y existenciales, etnias y sexualidades diversas.

4

Los diversos modos en que se ha expresado el feminismo siempre han tenido en común un elemento que está inequívocamente presente en todos los textos: la representación dual del mundo. Desde la primera de las versiones de un profeminismo apologético, como es el caso de Cristina de Pizán, se elabora una descripción del mundo hostil, o en el cual las mujeres se contemplan en un espejo deformador, sobre el trasfondo de otra versión diferente y diferida, en la cual la imagen de la mujer sea la propia —bien porque se apropie de una imagen deseable, bien porque definitivamente desaparezcan los espejos—. La distancia entre el ser mujer o el estar en el mundo como mujer, y la manera deseable de ser o estar, señalan el principio de un dualismo inscrito necesariamente en la reflexión feminista, como

dualista es también la representación del mundo en el que encajan las mujeres en las representaciones patriarcales. Metodológicamente, los feminismos siempre han mantenido también una doble cara: la cara política de una forma de activismo, aunque sea en un nivel puramente performativo, y la cara metafísica de una reflexión profunda en torno a todos aquellos elementos que configuran la noción de identidad o de sujeto.

El hecho es que la estructura discursiva y moral de las manifestaciones más radicales de los últimos tiempos, y las metodologías de actuación, mantienen pese a todo el mismo aspecto dual, si bien menos explícitamente. Todos aquellos trabajos que podrían denominarse «sectoriales» —me refiero al tipo de estudios acerca de tópicos preexistentes a la teoría feminista, que se enfocan desde la perspectiva de género— se mantienen dentro de las expectativas razonables: el mundo académico (por ejemplo, Philipsen, M. I. y Sorcinelli, M. D., *Challenges of the Faculty Career for Women: Success and Sacrifice*, 2008); la Estética (Barker, D., *Aesthetics and Gender in American Literature: Portraits of the Woman Artist*, de 2000); la Psicología social (Jeffreys, S., *Beauty and Misogyny Harmful Cultural Practices in the West*, de 2005); los media (Johnson, M. L., *Third Wave Feminism and Television: Jane Puts It in a Box*, 2007), o la Teología (Cardman, F., Ryan, M. A., y Linnane, B. F., *A Just and True Love: Feminism at the Frontiers of Theological Ethics: Essays in Honor of Margaret Farley*; 2008); Geografía (McDowell, L.: *Gender, Identity and Place: Understanding Feminist Geographies*; 1999), y muchas más áreas o disciplinas incluso, que requieren o permiten una perspectiva feminista³.

Sin embargo, sería injusto y poco clarividente pensar el feminismo del nuevo siglo, como si no fuera nada más que

una consolidación o una derivación del tipo de trabajo y del tipo de activismo intelectual que caracterizó la gran eclosión del feminismo del siglo xx. En realidad, si no se hubiera producido ningún otro tipo de trabajo, y sin merma del valor intrínseco de los numerosísimos textos y artículos publicados en los últimos años, lo cierto es que nos encontraríamos ante un tipo de «disciplina» mayoritariamente ancilar, o de carácter al menos no totalmente autónomo. Pero las disciplinas dejan de ser ancilares, veíamos más arriba, en el momento preciso en que encuentran su «objeto propio», y adicionalmente, cuando requieren o permiten un metalenguaje. Y, sin duda, eso es lo que ha pasado en el feminismo académico —o no tanto. El feminismo ha encontrado su objeto, o sus objetos y al mismo tiempo ha comenzado a ser objeto de otro discurso. Como señalaba Jane Gallop, hace algún tiempo, la diferencia entre el feminismo de los setenta y el de las décadas posteriores radica en que su objeto pasa de ser «la mujer» a una proliferación de modos de ser mujer, o de sexualidades femeninas. El feminismo pasa a ser objeto cuando se percibe que muchas más variables que la diferencia «esencial» masculino/femenino deben ser consideradas como relevantes. De alguna forma, lo verdaderamente importante para el feminismo no es simplemente la deconstrucción del género, o la ruptura de la ligadura necesaria entre sexo biológico y una forma de vida, sino más bien la constatación de los procedimientos de dominación que son estipulados a partir de la raza, la clase o la inclinación sexual, etc., y, especialmente, el modo en que todas las variables en juego terminan por ser deconstruibles. La novedad, en suma, fue en los noventa la aparición en la escena académica y política de formas de sexualidad no heterosexuales, y los comienzos de una deconstrucción feroz del concepto

de sexo biológico. El uso de la expresión *Queer Theory*, ligada para siempre a Teresa de Lauretis, y los nombres de Monique Wittig o Judith Butler representan sin duda una vuelta de tuerca más a un modo de plantear la lucha conceptual y política. Los estudios feministas conviven y en muchos casos interseccionan con estudios gays y lésbicos, y, desde luego, bajo ningún punto de vista pueden hurtarse a esa nueva denominación —*queer*— que no es, como es sabido, un nuevo nombre para algo preexistente sino más bien un modo de focalizar la cuestión de las identidades sexuales como un problema nuevo, esencialmente como un giro definitivamente antiesencialista, cuyo punto de partida es la negación del sexo biológico como determinación identitaria sexual.

Al tiempo que hay una lectura crítica de los feminismos, por parte de pensadoras que, como Sylviane Agacinski o Elizabeth Badinter siguen planteando la necesidad de desenmascarar las falsedades del patriarcado y al mismo tiempo las perversiones dañinas para las mujeres envueltas en ciertos discursos feministas, hay un enfrentamiento en el que las mujeres no son ya el centro de interés, o lo son no de modo genérico, sino situado. La evolución de los estudios de género, dando a la denominación el carácter comprensivo que, estimo, debería poseer, parece haberse orientado irremediablemente en una dirección que ciertamente no creo que fuera la previsible desde el punto de vista de la denominada segunda ola del feminismo. Destacaría dos líneas en este camino, divergentes desde luego, pero que creo sirven como ejemplo paradigmático de lo que ocurre y probablemente seguirá ocurriendo en los estudios de género.

Por una parte, Phyllis Chesler, *The Death of Feminism: What's Next in The Struggle for Women's Freedom*⁴ es una interesante llamada de atención contra la

«pasividad» de un feminismo anclado, quizá anquilosado, sólo en estado de alerta para descubrir las faltas de corrección política. El libro, que combina el argumento con el testimonio personal, tanto en el feminismo como el Islam, provocó este conciso juicio por parte de uno de sus reseñadores: «Su libro es sobre la guerra de este último contra las mujeres y la del primero contra sí mismo»⁵. Si el feminismo lucha contra sí mismo es porque es incapaz de luchar por las mujeres, se diría, y ello se debe, qué duda cabe, a su ensimismamiento, y su ineficiencia para detectar dónde están los problemas reales; o, acaso, a su conversión en un discurso que, a partir de una concepción fuerte de las identidades culturales como necesariamente defendibles convierte en indefensas a quienes forman parte de comunidades cuyos rasgos perniciosos acaban por interpretarse como rasgos culturales. El mensaje de este tipo de enfrentamientos no dista mucho del mensaje tradicional de un feminismo que trata de definir y deconstruir las estructuras de dominación.

Por otra parte, asistimos desde hace ya algunos años a una novedad, que podría hacernos pensar que la tipología de problemas característicos de la teoría feminista, y, por ende, los problemas reales de las mujeres que se constituyeron en sus fundamentos, se han transformado. Me refiero a la literatura en torno a la, hasta el momento, última deconstrucción de las peculiaridades que atañen a las mujeres —y en este caso igualmente a los varones, como quizá siempre ocurría, aunque pudiera parecer lo contrario. Lo que se ha dado en denominar «intersexo», o «transgénero», que, de hecho, no es ninguna novedad en un cierto sentido, sí representa desde luego una apuesta conceptual, y, hasta cierto punto al menos, existencial que parece prometer formas de comprensión alternativas, y por

ello políticas igualmente alternativas en lo que concierne a los sexos.

La verdadera novedad, es convertir la reflexión en torno al género y el sexo en una forma de vida, cuya última motivación es responder contra un orden que, finalmente, se ha descubierto como tan opresivo al hacer posibles nuevas identidades sexuales, como lo era el que sólo reconocía masculino frente a femenino. Hacer de la vida y del cuerpo un laboratorio, ser una *cobaya biopolítica* deliberadamente, se postula como la primera norma de un activismo contemporáneo, una vez puesto en cuestión *definitivamente* que «el sujeto político del feminismo» sean «las mujeres»⁶. De modo que, por ejemplo, *Testo Yonqui*⁷, de Beatriz Preciado señala en una dirección que logra aunar la crítica política con el activismo —una forma de activismo diseminado, se diría, fuera de organización alguna—, la teoría acerca de los componentes de la dominación, bajo sus formas más activas, y la contestación micropolítica.

Se diría que los nuevos modos de pensar(se) y vivir no son tan siquiera feministas, en el nuevo estilo, que postula fórmulas «transgénero», en la medida en que algo como la feminidad queda absolutamente marginado como motivo de algún tipo de lucha. Si el feminismo liberal pecaba de abstracto, y el feminismo respondón de la diferencia de cierto deje esencialista, la idea de «transgénero» parece haber llevado al límite las posibilidades destructivas y deconstructivas de la ligadura entre sexo y forma de vida. El empeño de los feminismos fue lograr colocar las mujeres en espacios vedados, reidentificándolas si era necesario, o creando una topografía femenina. Pero la vuelta de tuerca siguiente no trata necesariamente de lograr algo para las mujeres como «clase», sino que bien es una suerte de desvinculación libertaria de la identidad sexual. Naturalmente,

merece una segunda reflexión. Desde el punto de vista conservador se diría que huir de una identidad pudiera muy bien ser, aun a regañadientes, caer en *la otra*; pero desde otro punto de vista, netamente *liberal* podría entenderse como una proclama de lo que en el fondo es el deseo más profundo de nuestras sociedades civilizadas contemporáneas: cada cual en último extremo adopta la figura, la orientación sexual, o *la identidad* en suma que le parece oportuno, sin necesidad de plegarse a los procesos clasificatorios y la institucionalización que las diversas estrategias biopolíticas siguen utilizando en beneficio de intereses inconfesables. En realidad, se diría que la propuesta del *transgénero* es tan excéntrica y excepcional como parecía serlo la de romper con la institución matrimonial por parte de Stuart Mill —algo en suma, para ciertos individuos, por encima de la vulgaridad moral, en el caso de

ésta, o de la inercia heterosexual en el caso de aquél—. Sin embargo, parece que experimentar con la deconstrucción del biosexo, puede ser algo más que una salida de tono, en la medida en que permita pensar los viejos tópicos del feminismo, si aceptamos que éste, a veces algo pacato y repetitivo, debe repensarse a sí mismo. Porque lo que está claro es la necesidad de seguir mirando en las direcciones que señalan las injusticias y las desigualdades. Es una obligación política, y una obligación intelectual de la que sería lamentable olvidarse, a instancias de alguna versión carnavalesca de las nuevas identidades. Esto no ha de entenderse como una reconvencción ceñuda de vieja escuela, sino al contrario como la bienvenida a otros modos de plantear un problema que, por encima y por debajo de todo lo demás, sólo es plausible cuando se confronta con la idea de un mundo simplemente más justo.

NOTAS

¹ Edurne Uriarte, *Contra el feminismo*, Madrid, Espasa, 2008.

² Sandra Kemp y Judit Squires (eds.), *Feminisms*, Oxford, Oxford University Press, 1998.

³ M. I. Philipsen y M. D. Sorcinelli, *Challenges of the Faculty Career for Women: Success and Sacrifice*, San Francisco, Jossey-Bass/Anker Series, 2008; D. Barker, *Aesthetics and Gender in American Literature: Portraits of the Woman Artist*, Lewisburg, Bucknell University Press, 2000; S. Jeffreys, *Beauty and Misogyny Harmful Cultural Practices in the West*, Oxford, Routledge, 2005; M. L. Johnson, *Third Wave Feminism and Television: Jane Puts It in a Box*, Nueva York, I.B. Tauris, 2007; F. Cardman, M. A. Ryan y B. F. Linnane, *A Just and True Love: Feminism at the Frontiers of Theological Ethics: Essays in Honor of*

Margaret Farley; Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press, 2008; L. McDowell, *Gender, Identity and Place: Understanding Feminist Geographies*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999.

⁴ Phyllis Chesler, *The Death of Feminism: What's Next in The Struggle for Women's Freedom*, New York, Palgrave Macmillan, 2005.

⁵ David Horowitz, autor of *Unholy Alliance: Radical Islam and the American Left*, Washington, DC, Regnery Publishing, 2004.

⁶ Como de hecho ocurre, al menos potencialmente, tras la novedad que suponen los textos de Gayle Rubin, Judith Butler o Teresa de Lauretis.

⁷ Beatriz Preciado, *Testo Yonqui*, Madrid, Espasa, 2008.